

también en los hechos más vulgares el vínculo que los liga con el Ser único, en el que ha concentrado sus esperanzas, afectos y energías.

De los cantos subjetivos de Verdaguer transpiran un perfume de melancolía apacible y serena, y una impresión de reposo, procedentes de la situación psicológica equilibrada y sana de quien nunca experimentó las sacudidas del dolor implacable y las pasiones devastadoras, ni lleva oculto en sus entrañas el gusano del remordimiento, engendrado por la memoria de antiguos extravíos; en todo lo cual se diferencia radicalmente el virtuoso Sacerdote del originalísimo autor de *Sagesse*, Pablo Verlaine, otro místico admirable, pero con accesos é intercadencias de fiebre. Las inquietudes y tristezas del primero son las del alma pura que desprecia las alegrías y los placeres de aquí abajo, porque sólo piensa en los del cielo, y da voces al Esposo para que la saque de la terrena cárcel, donde no puede verle ni gozarle á su sabor, ó le llama para que le haga compañía, diciéndole en tono de confiada reconvención:

¿Per qué d'amor m'heu ferida
si no'm voliau gorí'?'
¿per qué'm donabau la vida
per despullarmen així?
Per Vos mos ulls, llagrimejan,
per Vos sospira l'cor méu,
sos amors sempre us festejan,
¡trista de mí! y no 'ls voléu.

.....
Tornáu, Jesuset, tornáu,
que só encara vostra aymía;
si altra aymía Vos trobau,
jo amador no trobaria ¹.

¹ ¿Por qué me habéis herido de amor, si no me queríais sanar? ¿Por qué me disteis la vida para despojarme así de ella?

Por Vos vierten lágrimas mis ojos, por Vos suspira mi corazón; de continuo os rondan mis amores, y ¡triste de mí! no los queréis.

Tornad á mí, Jesús mío, tornad, que soy aún vuestra amada; y si otra amada Vos encontraseis, yo no encontraría otro Amador.

Tal vez la esposa desolada llega á hallar á su Bien, y recibe de sus labios el ósculo nupcial, y le estrecha entre sus brazos, mientras el árbol que los cobija exhala más intensos aromas y las aves enmudecen; tal vez despierta del místico sueño al sentir los latidos del corazón del Esposo, y, para que duerma mejor, le arrulla con un canto que podrían repetir los serafines.

Cuando desaparece la personalidad del autor, como en los melifluos idilios *Jesus al pecadors* y *Lo pecador á Jesus*, ó en los consagrados á Santa Catalina, á Santa Teresa de Jesús, á San Francisco de Asís, etc., ó á la Sacra Familia de Nazaret, se funden en tan peregrino consorcio la narración y el diálogo, la sublimidad de conceptos y la transparencia de la frase, el arte sobrio y popular y el arte refinado y exquisito, que ni el paladar más grosero, ni el más exigente, pueden ser insensibles al dejo de tales viandas regaladísimas y de tal néctar sobrenatural y embriagador. Y no se diga que así se empequeñece la religión con rientes y aniñadas miniaturas, con símbolos de devocionario iluminado, con tropos florales, y con todo un ciclo de mitología cristiana. Nó. La ortodoxia y el arte se dan la mano amigablemente en las deliciosas ficciones de Verdaguer, para deleitar con inefables dulzuras á quien no haya perdido el gusto de la belleza moral, cuya medida es independiente de las proporciones materiales, y, como obra del espíritu, nada tiene que ver con los límites del espacio. Las fórmulas doctrinales, secas y abstractas, por ejemplo las del protestantismo, ahogan el libre juego de la imaginación; pero la rica fecundidad del Credo católico, lo mismo se explaya en la severidad didáctica de Santo Tomás, en la tonante oratoria de Bossuet, en las magnificencias de la liturgia, que en esas visiones sencillas, al uso de la multitud, donde van encarnados los misterios y verdades más grandiosos, y donde poetas de la unción y la talla de Verdaguer sorprenden manantiales de aguas vivas y tesoros de subido valor estético.

Dejando el salterio por la trompa épica, volvió el autor de los *Idilios y cantos místicos* á aplicar á ella sus labios y á arrancarle agrias y solemnes vibraciones, templadas por las de la lira griega y el laúd trovadoresco, y por las misteriosas armonías de la Religión cristiana, en ese poema fantástico que se llama *Canigó*¹, hermano menor de *La Atlántida*, también dirigido á cantar la naturaleza física, pero menos divorciado del mundo moral, más rico de situaciones y contrastes, y menos falto de acción. En cuanto á la potencia imaginativa, no sólo no ha desfalecido, sino que más fresca y lozana, más segura y atrevida en sus vuelos, y sin aquellas sombras de vaguedad y confusión que la desorientaban, parece competir con la magnitud de los objetos reales, aumentándola y embelleciéndola en ilimitada progresión. Si en *La Atlántida* las descripciones lo eran todo, y el asunto y los personajes quedaban relegados al último término, en *Canigó* se armonizan los elementos decorativos con la narración, aunque el poeta no oculte sus invencibles aficiones pictóricas.

No en vano visitó previamente los lugares que sirven de escenario á su poema, recorriendo palmo á palmo las fragosas sierras del Pirineo catalán; grabando en su memoria, por la visión directa y con indelebles trazos, la imagen del coloso; evocando, con ayuda de las crónicas y los monumentos, las batallas entre los alarbes y los hijos de la Cruz, las costumbres primitivas y rudas del feudalismo y la supremacía del ideal religioso, identificado con el sentimiento de patria, en el embrionario estado social de Cataluña durante los primeros siglos de la Reconquista. Gracias á la gestación lenta que sin duda antecedió á la obra, Verdaguer habla *ex abundantia cordis*, va derecho á su fin y lleva al

¹ *Canigó, Llegendes pirenyca del temps de la Reconquista...* Barcelona, 1886.

lector embebecido, ora á la ardiente arena de los combates, ora á los palacios encantados de la fábula, ora á las interioridades del castillo ó de la celda monástica.

De regreso de una cacería, entra Tallaferro con su hijo y el Conde de Cerdaña, su hermano, en la ermita de San Martín, donde el último arma caballero á su sobrino Gentil. Suenan en derredor las voces de la multitud que viene en romería á visitar al Santo, y en medio de la danza que tejen las doncellas se destaca sonriente la más hermosa, querida de Gentil, á quien reprende su padre con severidad por la blandura de su corazón. A la noticia de que los moros están cerca se deshace el concurso, y mientras Tallaferro va á coparlos sobre Pontvendres, Guifre marcha á su palacio de Cornellá, llevándose á su sobrino Gentil, á quien pone de centinela. Viendo el joven brillar los ventisqueros del Canigó, y al oír del soldado que le acompaña y sirve, que aquellas masas blancas y refulgentes son mantos de armiño tendidos por las hadas, y que uno solo podría servir de talismán para conseguir el objeto más difícil, parte disparado en su corcel y llega á las cumbres, donde queda cautivo del amor de Flordenieve, la reina de las hadas, que finge ser la linda pastora Griselda, de quien Tallaferro había apartado á su hijo.

La descripción del hechizo de Gentil y la grandiosa del Pirineo¹ llenan los Cantos III y IV de *Canigó*, y en el V se refieren, con una rudeza de frase y una sobriedad dignas del *Poema del Cid* y de los romances viejos y anónimos, las hazañas de Tallaferro y de sus *fallayres*, hombres de pedernal, acostumbrados á batirse con los osos del Pirineo, y que, si sucumben ante el número y la astucia de los moros, saben incendiar

¹ De ésta forma parte el fragmento *La Malehida*, que puede leerse, muy bien traducido, en la obra de Ramón D. Perés *A dos vientos, Críticas y semblanzas* (págs. 270-277).

las naves donde los aprisionó el enemigo y salvarse á nado, con la plegaria en la boca y el hierro en la mano. Después de tan memorable lance, exhala un suspiro Tallaferro al pensar en Gentil, y se pregunta con tristeza: *¿Qué hará mi hijo?*

Su hijo, cada vez más prendado de Flordenieve, va á celebrar sus desposorios, para los cuales traen las hadas como regalo preciadísimas joyas, un espejo encantado que enamora á quien se mira en él, topacios de Bugarach, corona, velo y anillo de oro; y mientras el sol aparece, como antorcha que iluminará el altar de boda, recita el hada de Mirmanda una canción sobre *El Paso de Anibal*—gruesa plancha de bruñido acero en marco de filigranas—y se suceden los coros y las trovas cuando, al apagarse la voz de Gentil y de su arpa, se sienten pasos... Son los de Guifre de Arriá, que, por la desertión de su sobrino, tuvo que llorar la fuga de sus huestes y la pérdida de sus bienes. Ciego de cólera al ver al mancebo engañado por alguna Dálila seductora, le derrumba del primer golpe por un despeñadero: el hermoso cuerpo de Gentil se convierte en cadáver. Un escudero lo arrebató de los brazos de Flordenieve y lo conduce á la ermita de San Martín, donde se encuentran con el monje Oliva los dos hermanos Guifre y Tallaferro, después de haber obtenido gloriosísima victoria sobre los sarracenos.

Al ver el desdichado padre los mortales restos de Gentil, grita furioso:—*¿Quién ha matado á mi hijo?*—Yo—le contesta Guifre, sobre quien va á descargar como un relámpago la espada de Tallaferro, cuando el monje introduce de súbito en la ermita al criminal; y aunque la puerta cede á las arremetidas de su hermano, mitígame en éste la sed de venganza al oír las palabras de la absolución que pronuncia Oliva, y que le mueven á perdonar por su parte al Conde. Alzar un monasterio junto á la tumba de su víctima, y encerrarse en él hasta que Dios le saque del mundo, son los de-

seos de Guifre, que se apresura á comunicar á su esposa, y que en breve realiza.

La locura de Griselda al saber que ya no existe su adorado Gentil; la muerte, casi simultánea, de Tallaferro y de su hermano, y la ascensión de los monjes á la cumbre del Canigó para clavar en ella el adorable signo de la Cruz y expulsar á las hadas de su palacio, forman el desenlace del poema, en cuyas últimas estancias se entrevén las glorias venideras de Cataluña, constituida en pueblo organizado y robusto á la sombra del Cristianismo, y que *despierta á horcajadas con un pie acá y otro allá del Pirineo*.

Se ha dicho que el triunfo de la Cruz sobre la superstición gentilica, representado alegóricamente en los coros finales, causa en los lectores de escasa fe un efecto de repulsión contrario al que intenta el autor. ¡Lástima que no ande esta censura destituida de fundamento por lo marcado del contraste, en que las halagüeñas pompas sensuales y fantásticas se llevan la simpatía, y el misticismo cristiano va envuelto en no sé qué lóbrega adustez! ¡Lástima también que la heterogeneidad de elementos, y lo brusco de algunas transiciones, y la sobreabundancia de episodios, descontando otros defectos menudos, desluzcan la innegable alteza de concepción y las bellezas de forma con que suspenden los cantos de *Canigó!*

Así y todo, este poema, con los *Idilios* y *La Atlántida*, bastan para que coloquemos á Verdaguer en primera línea entre los poetas catalanes, y al nivel de los mejores de España y aun de Europa. Mucho podría añadirse en pro de esta aserción, sacando á la luz de un examen detenido los primores que encierran otros volúmenes de Verdaguer (*Cansons de Montserrat* ¹, *Llegenda de Montserrat* ², *Caritat* ³, *Lo Somni de Sant*

¹ Barcelona, 1880.

² Idem, id.

³ Id., 1885.

*Joan*¹, *Patria*², y la trilogía *Jesus infant*³), todos dignos de su estirpe, caldeados por el fuego del amor divino con cuyos destellos se confunden los del amor á la patria y á la humanidad; todos procedentes de unos labios que, como los de Isaías, parece haber purificado un Serafin.

¡Qué numen tan excelso y qué alma tan hermosa los de Verdaguer! ¡qué levantados sobre el cieno de las cloacas donde se revuelcan los ángeles caídos del arte contemporáneo! ¡qué limpias y brillantes las alas de su impetuosidad y de su ternura! Ni siquiera han encontrado en él eco la indignación de Sacerdote y creyente contra los enemigos de su fe, ni el resentimiento de catalán contra la prepotencia de Castilla. Su corazón es un nido de afectos puros, nobles y santos, y se estremece ante la sombra del odio. Sin perjuicio de ser el poeta más pegado al terruño de cuantos usan la lengua en que él escribe, jamás ha rechazado para su pueblo la gloria de pertenecer á España, ni ha hecho del patriotismo un instrumento de división entre hermanos.

En la esfera de la poesía ha recorrido lo más alto y lo más humilde; interpreta con igual perfección los sentimientos colectivos y las ocultas intimidades psicológicas, la epopeya y el idilio; y es á un tiempo, según la feliz expresión de Yxart, un pintor mural y un miniaturista que ha resucitado dos géneros poéticos tan difíciles como poco cultivados en el siglo XIX. Así comenzó y continúa distinguiéndose por lo nuevo é insólito de su inspiración, no alterada por las influencias del pensamiento ajeno, ni tampoco ansiosa de hallar la

¹ Barcelona, 1887.

² Idem, 1888.

³ *Bethlem, Nazareth, La fugida á Egipte*. Casi al mismo tiempo que este último tomito ha publicado Verdaguer su *Roser de tot l'any, Dietari de pensaments religiosos* (Barcelona, 1894), colección bastante desigual, pero que contiene algunas piezas muy lindas.

originalidad en la extravagancia; antes bien sincera y libre de artificios, eco fiel de la naturaleza física y de la historia, ó del verbo interior y sagrado del espíritu, y capaz acaso de sorprendernos para lo futuro con otra orientación no menos fecunda y legítima que las que ha seguido hasta aquí.

